

El tiempo no tiene un gran valor en la narración; es algo puramente externo, un continuo en el que se van colocando los sucesos. Estos no tienen, como tampoco el tiempo, una influencia especial en la variación psicológica de los personajes, que tienden a comportarse más bien como muñecos acartonados, manteniendo una actitud sin apenas variaciones a lo largo del relato: Helena es siempre lujuriosa, incluso en sus arrebatos místicos, y domina al débil Marcelo, personaje ambiguo y abúlico que casi nunca actúa por propia iniciativa; Edith es sólo un esbozo, una jovencita borrosa, enamorada de Marcelo y, no sabemos por qué misterioso contrato, está siempre con Helena como contrapunto a todas sus actuaciones.

Los rasgos estilísticos proceden en general del modernismo y la novela puede considerarse en ese sentido como una brillante aplicación de los recursos estilísticos modernistas a la prosa novelesca. En las descripciones predomina el cromatismo más acusado; se utilizan los colores, las formas, las sensaciones, para dar un sentido muy visual y plástico a la prosa, que a veces aparece recargada con voces exóticas y sugerentes: «Las había que se alzaban esbeltas como aroideas rojas en la pompa grande de los kimonos bordados de amarillo; las había de plata e ilustradas de marfil; otras en la pomposa pompa de las vagas telas enroscadas en torno de los pies inverosímiles, eran como grandes rosas que descendían por una gama infinita de matices, desde el rojo púrpura al amarillo pálido...»⁴⁹.

El novelista muestra preferencia por la frase larga, de rasgos dannunzianos, sin el gusto por la minuciosa descripción circular de Proust; los efectos se consiguen por acumulación, no por análisis.

Con todo, Hoyos y Vinent se nos manifiesta como un buen estilista en cuanto se refiere a la descripción de ambientes de alto y bajo mundo. Sin embargo, presenta unos personajes sin vida; actúan y revuelven, pero sin conseguir darnos la impresión de realidad. Lo que su autor consigue en algunas ocasiones son actitudes, a la manera de viejas estampas de época.

En las novelas cortas, al necesitar una condensación expresiva mayor, Hoyos consigue sus mejores efectos. Casi todas ellas tienden a presentar una situación inicial que va degradándose lentamente hasta desembocar en un final trágico y violento.

El caso clínico es, en este sentido, una de sus narraciones más interesante. Se publicó en *La novela corta* en 1917⁵⁰, al igual que la novela anterior, en el período más prolífico de su autor. Más tarde, y en el mismo año inaugura con este título su colección de novelas cortas titulada expresivamente *Llamada*, acompañada entonces de un prólogo del doctor Simarro.

En esta novela, Hoyos se hace eco de la preocupación general que existía en el ambiente acerca de los enfermos mentales. No ajenos a esta tendencia se están desarrollando los estudios de Freud, aunque no parece que haya relación entre el relato hoyosvinentiano y las teorías freudianas. Encontramos, sin embargo, algún ejemplo afín en el terreno de la creación literaria, que participa tanto del ambiente creado por

⁴⁹ *Idem*, pág. 12.

⁵⁰ ANTONIO DE HOYOS Y VINENT: *El caso clínico*, Madrid, La Novela Corta, 1917, 34 págs. [El ejemplar que manejo carece de portada].

los estudios de Lombroso como de la naciente psiquiatría; es el libro *Irresponsables. Historias trágicas al margen de la locura y del delito*, de Pedro Mata, publicado en 1921 ⁵¹.

Al mismo tiempo que el novelista refleja una situación del momento, la adorna con elementos tomados de sus lecturas decadentes. Pensamos que, en esta ocasión, la fuente más inmediata para la misa negra que se describe en el relato puede ser la novela *La-bàs*, de Joris Karl Huysmans ⁵², cuando no algún grabado de Felicien Rops ⁵³.

En *El caso clínico* se puede localizar un doble conflicto; en primer lugar, la actuación del doctor Rodrigo Vázquez, en su doble vertiente de médico y de padre; como médico posee una clínica en la cual los enfermos mentales gozan de una completa libertad, en contacto permanente con la naturaleza; como padre observa algo anormal, algo que no acaba bien de definir en el comportamiento de su hija María de las Angustias. Ella será el caso clínico. El segundo conflicto, de carácter amoroso, gira en torno a las relaciones que mantiene el discípulo preferido del doctor, Arturo Jonás, y su hija.

El doctor accede a las relaciones entre su hija y su ayudante, aún recelando algún traumatismo especial en el carácter de su hija. La muchacha se mezcla indiscriminadamente con los locos, sobre todo se relaciona con un sacerdote renegado, enloquecido, que adora a Satanás y que busca «el vientre de una virgen para piedra de altar» ⁵⁴. María de las Angustias hace misteriosas salidas nocturnas con el fin de mezclarse con la plebe de los barrios bajos y prostituirse. Una noche, los locos, bajo la dirección del renegado, se reúnen y celebran una misa negra; sin embargo, la muchacha que ellos creían virgen, María de las Angustias, no puede servir para esta ceremonia porque no lo es. La joven logra huir de ellos y cuenta lo que ha visto a su padre que cae fulminado.

El doctor, que ha perdido el uso de sus facultades, recibe los cuidados de su ayudante, al que intenta confesar lo que sabe y lo que sospecha sobre su hija sin conseguirlo, ya que no puede hablar. Al producirse la muerte del médico, Arturo Jonás corre angustiado buscando a su prometida y descubre a los locos entonando una extraña letanía porque, dicen, la Bestia ha muerto; entre ellos, «toda desnuda, desgarrada, ensangrentada, mancillada por todos los ultrajes, carbonizada a trozos» ⁵⁵, descubre el cuerpo sin vida de María de las Angustias.

La brevedad del relato confiere, en ocasiones, un ritmo ágil a la acción. Como es frecuente en Hoyos, se utiliza con predominio la descripción, y los diálogos son poco representativos; los personajes apenas están moldeados; desconocemos los motivos de la protagonista femenina para su actuación; éstos quizá se deben a factores de herencia, como ocurre en *El árbol genealógico*, tema grato a los naturalistas, al instinto sexual

⁵¹ PEDRO MATA: *Irresponsables. Historias trágicas al margen de la locura y el delito*, Madrid, Rivadeneira, 1921. El libro lleva un prólogo de Angel Ossorio y un epílogo de Enrique Fernández.

⁵² JORIS KARL HUYSMANS: *La-bàs*, París, Plon, 1908. Hay traducción española: *Allá abajo*, Biblioteca del Terror, 52-53, Barcelona, Forum, 1984.

⁵³ Vid. FELICIE ROPS: *Obras eróticas y sacrílegas*, Barcelona, José J. de Olañeta, 1979. El grabado de la pág. 59, u otro parecido, ofrece un tema afín con la misa negra.

⁵⁴ ANTONIO DE HOYOS Y VINENT: *El caso clínico*, op. cit., pág. 13.

⁵⁵ *Idem*, pág. 34.

exacerbado o al gusto por los bajos fondos, como se pone de manifiesto en *El crimen del fauno*.

En cuanto al estilo, se advierte una depuración de elementos modernistas en esta obra si la comparamos con la analizada en primer lugar, aunque todavía quedan pinceladas sueltas que prestan colorido al relato: «Una luz de plata envolvía todas las cosas y prendía silfos de los cálices de las flores y bañaba geniecillos en las gotas de rocío»⁵⁶. En contra de lo que pudiera pensarse, Hoyos no prescindirá de estos elementos ni siquiera en las últimas obras de su producción literaria; en algunos casos incluso se hacen más extravagantes y exquisitos, siempre alejados de la vulgaridad. A este propósito baste recordar el título de uno de sus libros de cuentos, *Aromas de nardo indiano que mata y ovonia que enloquece*, que vio la luz en 1926.

La obra literaria de Antonio de Hoyos y Vinent necesita una revisión profunda; creemos que en épocas anteriores le perjudicó el apelativo de novelista erótico⁵⁷, indudablemente cierto, que la crítica le asignó. Hoy, curados un poco de espantos (basta leer a Henry Miller), esa misma característica puede hacérselo más atractivo.

Hoyos hubiera sido un buen novelista si hubiera limitado un poco su poder creativo, si hubiera trabajado más morosamente sus obras y no repetido tanto sus esquemas narrativos; en algunas de sus novelas se hallan claros defectos de construcción. Hoy, autor de una novela o dos novelas, tendría un lugar relevante entre los autores malditos de la literatura, quizá semejante al que ocupa Lautreamont en Francia. Sin embargo, la serie de atrocidades que acumula en sus novelas, sobre todo en las largas, causa hastío y con frecuencia repugnancia⁵⁸ en el lector. Su estilo

⁵⁶ *Idem*, pág. 32.

⁵⁷ Como novelista erótico aparece citado en Sainz de Robles y en Granjel. Este último caracteriza su tendencia como un «erotismo torturado y psicológico», en *Eduardo Zamacois y la novela corta*, op. cit., pág. 142. Cansinos Assens lo incluye entre los novelistas eróticos y también entre los madrileñistas, pero una cosa no excluye la otra. Nora lo estudia entre los eróticos o «galantes». En una de las aportaciones más originales al tema que estudiamos, Manuel Longares, *La novela del corsé*, Barcelona, Seix Barral, 1979, muchos textos de Hoyos sirven de base, junto con el resto de la promoción, para el interesante *collage*-narración de Longares.

El erotismo de Hoyos y Vinent se convierte en lugar común para la crítica literaria y, a veces, aparece expresado incluso en los propios personajes de la novela erótica. Así se manifiesta, por ejemplo, en la protagonista insatisfecha de una novela de «El Caballero Audaz», autor que, en cuestión de psicalipsis, no tiene nada que envidiar a Hoyos: «Las poco frecuentes vehemencias que Jordá le proporcionaba en noches de fiebre nupcial, no alcanzaban tampoco la cumbre por ella soñada como límite a aquella dicha carnal, intensísima y excelsa, que eran abismos terribles y divinos de locura y de fuego en las páginas de las novelas de Zamacois, de Trigo, de Francés, de Hoyos y de Sassone que ella devoraba en sus largas veladas de casadita recluida en el hogar...», «El Caballero Audaz» [José María Carretero], *La bien pagada*, Madrid, Mundo Latino, 1920, pág. 98.

⁵⁸ En alguna ocasión encontramos detalles de mal gusto que provocan la repulsa del lector: «El primero en hablar fue don Wifredo. Indudablemente, para documentarse, empezó por una concienzuda exploración en sus fosas nasales. Como si buscara datos en las *Escrituras* apócrifas, registróse meticulosamente la *pituitaria*, sacó algo, mirólo con arrobo y luego mostróselo silencioso a sus contertulios con el orgullo de un excavador que descubre una pieza única» (pág. 14). En otras ocasiones nos deja ver cierta pedantería insultante: «Lucía aquella noche un sombrero dorado que recordaba las tiaras de las Basilisas (aclararé para las personas de cultura incompleta que las Basilisas eran las Emperatrices de Bizancio)», (pág. 43), *Doña Prudencia, mujer ligera*, La novela de hoy, 1923, págs. cit.

colorista, brillante, decadente, superficial, es una llamarada a nuestros ojos, llamarada continua que hace que la vista termine por acostumbrarse.

Por último, se podría decir que los personajes de sus novelas no están «vivos», en el sentido que sí lo están los personajes de Flaubert o de Pérez Galdós; no son convincentes ni psicológicamente coherentes. Con frecuencia no se llega a calar en las causas del comportamiento arbitrario y enloquecido de sus héroes y heroínas. El autor nos presenta un cuadro vibrante en el que siluetas de cartón y oropel se mueven y deambulan, se retuercen y aman, como esas miríadas de insectos que danzan en torno a la luz y terminan por quemarse en ella. Hoyos y Vinent sacrifica argumentos y temas interesantes en pro de una escena, de una impresión, de una pose. En ello reside, quizá, su limitación y su peculiaridad literaria.

A pesar de ello, afirmamos con Nora que este novelista «no merece al absoluto olvido en que actualmente se le tiene»⁵⁹. Sirvan estas notas como una llamada de atención sobre su figura y su obra.

ANTONIO CRUZ CASADO
Cabrillana, 21
LUCENA (Córdoba)

⁵⁹ E. G. DE NORA: *La novela española contemporánea*, op. cit., pág. 420.